

## SEGUNDA PARTE

## I.

Pues lo que yo les aseguro á Uds. es que están bebiendo infusión de párpados!

—Hombre, Ripoll, no sea Ud. cochino!—gritaronle en coro sus compañeros de mesa, que enfriaban el té de sus tazas con sus cucharillas respectivas. ¡Se gasta Ud. unas bromas!...—añadió indignado D. Mateo, el de la casa de pres-tamos.

—¿Bromas?...—insistió Ripoll, entre serio y zumbón,—ahora verá Ud. sus bromas. Y se levantó del asiento, con servilleta y todo; metióse en su cuarto á obscuras, y los demás oyeron cómo frotaba un cerillo, dos veces, y cómo revolvió papeles.

Triunfante regresó á la mesa, armado de un libro á la rústica que depositó encima del mantel, defendiéndolo con la mano extendida:

—Ahora lo oirán Uds., nobles hijos de Pelayo, ahora oirán lo que dice un francés traducido en

mi Barcelona, ó lo que es lo mismo, fuera de España... claro está ¡voto va Deu! (*al notar las protestas*) fuera de España!... El francés se llama Goncourt ¡enterarse! y afirma que esto que yo voy á leer, él lo leyó en un libro sobre el Japón... como quien dice aquí á la vuelta...

Apuró su taza, lió y encendió un cigarro, y hojeó el libro hasta no tropezar con la página que buscaba. La patrona hizo ademán de retirarse, pero no lo llevó á cabo porque Ripoll, con la mano, dióle á entender que podía quedarse:

—No se ofenderá su pudor, doña Nicasia, escuche Ud. también... ya estamos en el macho, ¡no interrumpirme!

Y luego de pegar una larga chupada al cigarrillo y de pasear una mirada olímpica por las cabezas de su auditorio, comenzó á leer:

—¡Leyenda del té! "*Dharma, un asceta en olor de santidad en la China y el Japón, prohibióse el sueño, considerándolo acto placentero y por todo extremo terrenal. Una noche, sin embargo, se durmió y no despertó hasta el amanecer siguiente. Indignado contra sí mismo por esta debilidad, cortóse los párpados y los arrojó lejos de sí, como pedazos de carne flaca y vil que le impedían alcanzar la sobrehumana perfección á que aspiraba. Y esos párpados ensangrentados, echaron raíces en el sitio en que cayeron, en el vivo suelo, y un arbusto nació dando hojas, que desde entonces cosechan los habitantes, y con las que hacen una infusión perfumada que destierra el sueño...*"

Nadie, lo que se llama nadie aplaudió la lec-

tura ó demostró siquiera el menor interés. La voz de Ripoll perdióse en el más absoluto indiferentismo y la poética leyenda en el más perfecto vacío, tanto, que el cura carlista, D. Práxedes Luro, que llevaba fabricadas unas veinte bolillas de migajón de pan con las que se distraía en la mesa lanzándolas contra un vaso vacío, le soltó sin mirarlo:

—Amigo Ripoll, esto sí que ha sido una plancha superior!

Entonces sí que aplaudieron los otros, la patrona inclusive, que principiaba á recoger servilletas y á reñir á la sirvienta. Desfilaron los huéspedes por junto á Ripoll, quien los recibió á bocanadas de humo conforme ellos le daban una palmada en la espalda, riendo de su falta de éxito y repitiéndole la frase del cura con aditamentos varios, de sus caletres:

—“Plancha, ingeniero, plancha!“... “Adios párpados!“... “Tío pesado!“...

Ripoll, medio amoscado, encogíase de hombros y los bombardeaba á improperios, en són de guasa:

—¡Ignorantes! ¡Salvajes! Nunca sabréis nada más que atesorar ochavos... la culpa me la tengo yo ¡pollinos!... no lo digo por Ud., cura, lo digo por estos compatriotas suyos ¡mamarrachos!...

Reían los aludidos más fuerte, camino de sus habitaciones, y el cura apercibiase en el huequecillo menos tuerto del sofá del gabinete, á descabezar un sueño, en espera de la partida de mus que noche á noche emprendía con Mateo Izquierdo,—el socio de la casa de préstamos de la calle de las Verdes; con Anselmo Abascal,—

el dependiente de “La Covadonga“, gran camisería de la calle del Espíritu Santo; y con Feliciano Sordo, quien aunque declaraba ser minero arruinado de San Luis de Potosí, donde había dejado energías, juventud y caudales,—según él,—pagaba puntualísimamente su pupilaje, no le faltaba jamás media docena de duros, usaba reloj de oro y era el único que bebía en la mesa “Carta Blanca“, de Monterrey. Susurraban las malas lenguas, que la media docena de duros, el reloj de oro y la cerveza en las comidas de Sordo se debían á las generosidades de doña Nicasia; que ella y él se entendían, y que dormían á pierna suelta, cual matrimonio legítimo y autorizado! Lo que es en público salvaban las apariencias, uno y otra; hablábale ella igual que á los demás, sin que se registrara tuteo ó preferencia en la repartición de manjares. El sí la tuteaba, francamente, como tuteaba al resto de los inquilinos, excepción hecha del cura y de “El Jarameño“. La sola pequeñez que al parecer los condenaba, consistía en la ubicación de sus habitaciones: vivían pared de por medio y la puerta de comunicación ofrecía bien débiles defensas; del lado de doña Nicasia, un sofá, de cretona, y del lado de Sordo, una mesa pequeña que desempeñaba oficios de pupitre, gracias á una sobrecama floreada que hacía de carpeta, y á un tintero con la tinta petrificada y las plumas tomadas de orin, que hacía de pelicano, pues don Feliciano llevaba siglos de no cartearse con sus problemáticos corresponsales de Potosí.

Escuchando á doña Nicasia, cuando se ponía á devanar el ovillo de su vivir, antes inspiraba res-

petos y simpatías: deciase,—quizá para no romper con la tradición peninsular en la clase de patronas de principios,—viuda de militar muerto en la “manigua” de Cuba, en el 81, por bala de negro insurrecto; muy lentamente soltaba sus apellidos, ella era Azpeitia de Flores, de los Azpeitia de Calatayud, y su marido, de los Flores de Segovia; aseguraba tener parientes linajudos, ¡hasta en la “grandeza”! por parte de madre, que se oponían al casorio con Flores, teniente de *Cazadores de Vigueras* por aquel entonces, pero ella que sí y que sí, enamorada como una loca, á todo dijo adiós, y á América se vino, á esta América sin entrañas que tantas y tan dolorosas sorpresas guarda á los españoles decentes que se dignan sentar en ella sus reales. Y Cuba sabíase de coro, especialmente la Habana, de la que contaba á sus oyentes, mezclándolo todo, maravillas y horrores: cómo recién llegado el matrimonio corrían aún ríos áureos de peluconas, cómo después el comercio fué empobreciendo y la ciudad, la gran ciudad comerciante y alegre fué entristeciéndose, y la isla entera, prodigiosamente rica y prodigiosamente indolente, fué consumiéndose, consumiéndose hasta no ser ni la sombra de sí misma á causa de los endiantrados “laborantes”, los tales insurrectos sin rey ni ley, ingratos, ingratísimos, que así la habían puesto y dejado, sin tabacales ni azúcares, sin “ingenios” ni bohíos, sin frutos ni flores, sin pobladores y sin oro; sus puertos, melancólicos; sus ciudades, silenciosas; sus campos tropicales, eriazos, incendiados, desnudos, bebiendo por igual, como sedientos insaciables, la san-

gre de los negros maldecidos y la muy noble sangre de los peninsulares que iban á ella por darle esplendor y lustre:

—Como nosotros, como mi infortunado Santiago que no era un cualquiera, sino de los Flores de Segovia!...

Cundia la indignación entre las filas de iberos domiciliados en los compartimientos de alquiler de doña Nicasia. Del cura carlista abajo, encendíanse todos en ira santa y vomitaban denuestos nada puleros por cierto, peninsularmente libres, con impudicia de diccionario, y, amenazantes, tendían los brazos cerrando los puños, á los cuatro vientos, desde el manso fondo de la salita en que la tertulia efectuábase. Era el despecho amargo de los desafortunados; la perpétua maldición contra el antiguo continente hispano; el mal incurable de que adolecen los españoles que no enriquecen al poco tiempo de habitar países que todavía consideran mostrencos bienes. ¡Ah! estas Américas que ya sólo los toleran sin diferenciarlos de los demás extraños; que ya se permiten exigirles trabajo,—no siempre enteramente limpio,—para darles en pago su sustento!... Y los defectos de México, (ya de suyo tamaños é innúmeros,) salían agrandados con las bilis, con las iras, con las codicias; sus muchos vicios eran aborígenes, resabios de salvajes, mañas propias de los indios antepasados y de los indios herederos; sus raras calidades eran meras importaciones que á ellos se debían, á ellos únicamente, y la república ésta, por más que le cobraban el precio, hacíase la sueca y no les pagaba ni los recompensaba nunca. Aquí los ánimos se agría-

ban; consagrábanse suspiros y saudades á la península distante, á los varios pueblos, partidos y provincias en donde había nacido cada cual; los cantonalismos apuntaban irreconciliables é irrazonados; surgían los viejos odios. Estella era lo mejor, en el sentir del cura carlista que allí había nacido ¡recorcho! Navarra, nada menos que provincia de Navarra, con su audiencia en Pamplona! Izquierdo, el prendero agiotista, abogaba por su rincón gallego, Mondoñedo. Por Cabuerniga, en Santander, Anselmo Abascal, dependiente de "La Covadonga". Y Sordo ponía á Játiva, su Játiva de Valencia, en los mismísimos cuernos de la luna.

Doña Nicasia, por su condición de patrona y por aragonesa y vecina de Zaragoza la invencible, no se dignaba terciar en la pelea; su persona y su Calatayud hallábanse á salvo, por cima de las diferencias de campanario que, á las veces, arremolinábanse y pegaban en parte sensible. Curioso resultaba el recio reñir por una misma tierra, madre de todos los que combatían. Tirábanse á la cara con villorrios, aldeas, villas, ciudades y provincias; los ríos, los bosques, las montañas y las producciones transmutábanse en otras tantas armas arrojadas, en otros tantos escudos, y los que momentos antes maldecían juntos de la pobre América, distanciados ahora, despedazaban el reino, plagábanlo de pecados y manchas, revolvíanse airados contra la patria que amaban.

—“Lo que es vosotros,—vociferaban los oriundos de aquí y los oriundos de allí,—no habéis hecho más que males“...

—“Pues me parece á mi que vosotros, con lo que producís“...

Y así que se daban en rostro con lo inimaginable, que las manos habían revoloteado por los aires y posádose con estrépito de aves heridas que se abaten, sobre respaldos de sillas, tapetes de mesa y muslos de contrincantes, la calma renacía. Encendíanse cuatro ó cinco cigarros temblorosos en la flama de un solo fósforo; regresaban los tuteos; resucitaba el espíritu de unión indispensable para ser fuerte en extranjera tierra, y que no hay español que no lo lleve latente y á disposición de otro español. Renacía la calma, y allá, á dos mil leguas, España continuaba siendo España; seguían corriendo sus ríos; en su lugar las cordilleras; el león en el escudo, firmes sus torres heráldicas, y toda ella arropada con su manto de flores de lis, de flores de grandezas y de flores de gloria, viva á los tantos años, á los tantos siglos; cual la luz de los astros de primera magnitud, que, después de extinguidos, brilla todavía!

Sólo dos huéspedes no intervenían jamás en las tremendas y diarias disputas: Ripoll, el ingeniero catalán que se conceptuaba una entidad intelectual y moral muy superior á las de sus paisanos, é Isidoro Gallegos, cómico sin contrata y huésped sin dineros con que cubrir el módico importe de su pupilaje. Ello no obstante, su gracejo y experiencia hacíanlo más simpático de que lo era naturalmente, y su mala lengua ¡vaya que la tenía mala! hacíanlo temible y peligroso. Las cuatro del barquero le soltaba al lucero del alba, y, por ciertas alusiones, doña Ni-

casia sospechábalo interiorizado de su enredo con Sordo. De ahí que no le exigiese el pupillage demasiado y que neutralizara el cohecho simulando enojos cada ocasión en que al cómico se le iba la sin hueso, vale decir, muchas ocasiones al día y muchas ocasiones á la noche; que Isidoro sabíase al dedillo la vida y milagros del género humano y cuando ignoraba lo concerniente á determinado individuo ó individna, en un periquete inventábaselo para nó incompletar su crítica ni amenguar su legítima fama de bien informado. Y estas disputas consuetudinarias acerca de los méritos privativos de provincias y ciudades sacábanlo de quicio, huía de ellas por no ofender á los tercios, encerrábase en su cuarto ó adelantaba su hora de marcharse á la calle. Teníaseles manifestado: todo eso no era más que perdedero de tiempo y hacerse mala sangre:

—Todos somos peores, sí señor, lo mismo los que vencen que los que hemos perdido con este viaje de los demontres á América, que ni nos llama ni maldita la falta que le hacíamos... por vosotros lo digo, pues conmigo varia el asunto... yo vine por el arte, por el gran arte que vosotros no cónocéis ni de nombre... Ni en Madrid, ni en Barcelona, ni en ninguna parte se conformaban con que yo les hiciese sombra; porque se la hacía, ya lo creo que se la hacía ¿quién se me atreve á mí en el "género chico"? Y aquí, en México ¿quién es capaz de ponerseme delante ni el grande?... á ver, decirlo!... Por lo cual que no me soportan y traman cábalas y me urden meneos y me tienen sin una peseta ¿verdad do-

ña Nicasia que nos tienen sin una peseta? desmíentame Ud. ¡á que no!... Pero vosotros!... vosotros os teneis la culpa por gandules ¿queriais América? ¿ambicionabais fortuna?... pues ¡hala! á los campos, ahí, en la tierra que há menester de fatigas y sudores, de hombres que la violen y la fecunden; preñadla de trabajo y ella os parirá cosechas y cosechas que carezcan de fin, las últimas mejores que las primeras; y tras las cosechas, los pesos duros, y tras los duros las onzas y tras las onzas los caudales, la fortuna soñada... ¡No más mostrador!—este es título de una pieza de Larra pero también es verdad,—no más mostrador! y en un par de lustros regresaréis á vuestros lugares convertidos en *indianos*, sabiendo comer carne y esgrimir el tenedor ¡des-tripaterrones! sabiendo leer y firmar, con chistera en vez de boina ó de pañuelo, botinas de becerro (*cantando*) "unos zapatos bajos de charol" en vez de alpargatas... y en vuestras aldeas edificaréis templo aunque no escuela; y mandaréis acá á vuestros sobrinos, y os reventaréis de una indigestión de chorizos ¡ignorantes, gordos, porcunos, felices...! mientras que yo...

—Ud., antes y mientras y después ¡so desvergonzado! puede irse á hacer... gárgaras!—decíanle indignadísimos los aludidos; y el cura carlista, para anonadarlo, declaraba mordaz:

—Dejarlo, dejarlo que se desahogue, pobre, es un histrión!

—Histrión, sí, á muchísima honra, cuidado conmigo, padre cura!... ¿Queréis otra receta? (*vuelto á los demás*) ¿queréis enriquecer por encantamiento y no trabajar ni un minuto sino ra-

paros la más regalona de las vidas?... ¿queréis “seguir la senda por donde han ido”—este es un verso de... de... no me acuerdo de quién ni os importa tampoco ¡es un verso superior!—por donde han ido tantos Sánchez y tantos Pérez y tantos López?... ¿sí?... pues casaos con rica, y si es feúcha mejor que mejor; es una industria socorrida... Yo no la intento porque no me da la gana, porque yo amo la libertad y á mi patrona ¡diga Ud. que no, doña Nicasia! Yo soy un hombre libre; yo soy partidario de todas estas repúblicas, de las bombas de dinamita y de la olla podrida; yo soy socialista, anarquista, artista...

—¡Sablista! querrá Ud. decir, eso sí que es usted!—le soltaban á una el empenero y el dependiente de “La Covadonga”, á quienes, en efecto, adeudaba unos reales prestados hacía meses sin probabilidades de reintegro.

O bien Ripoll desde su cuarto imponía silencio á gritos, pidiendo un poco de sosiego para estudiar, ó doña Nicasia amenazaba á Gallegos maternalmente, blandiendo los brazos, hueca la voz y las palabras descorteses. Isidoro entonces, se escabullía, aun ayudaba á instalar la mesa del mus, y descolgando de la percha general del pasillo su cuatenaria pañosa zurcida á trechos, encaminábase al teatro, donde por compañerismo nada pagaba, y luego al café, y luego á las fondas nocturnas, ocioso y noctámbulo empedernido. Con su eclipsamiento entraba la casa en una quietud relativa, pues había que contar con las diferencias de los *museros*, los altercados que cualquier juego de naipes consigo trae, y entre jugadores latinos mucho más. Prolon-

gábase la velada hasta la media noche si los azares de las cartas tenían exageradamente prendido á alguno de los adalides; si no, á eso de las 10 y  $\frac{1}{2}$  ú 11 levantábase la sesión, previo ajuste de cuentas y previa retirada de doña Nicasia que les guardaba plácida compañía sentada á la mesa de centro, con quinqué y pantalla, leyendo descosidos folletines de Pérez Escrich ó de Fernández y González. Sordo daba la alarma sacando su relojazo de oro al que convergían las miradas de los contertulios, más atraídas por el valer de la prenda que por la mágica marcha de sus manecillas: iban á ser las once, se liquidaba, y á camita todo el mundo.

“La Guipuzcoana”, Gran Casa de Huéspedes Española,—según rezaban el rótulo pintarrajeado de sus balcones y el letrero del primer descanso de su escalera,—como fragata de alto porte apagaba sus luces, cerraba sus escotillas y se arrebuja en el silencio sin detener su andar, tripulada por aventureros á los que no amedrentaba la lejanía de la costa, ni lo molesto de los tumbos, ni lo hambriento y traicionero de las olas que por igual mecen las ambiciones y los desfallecimientos, á los fuertes que á los débiles, las osadías y las desesperanzas... Nada significa que la embarcación sea frágil ¡más lo es la vida! y, sin embargo, con esta vida frágil se llega á muchas partes, consúmense muchas conquistas y se realizan muchos anhelos, aunque peregrinos, conquistadores y poetas paren en el sepulcro, definitivamente, “hacia el cual,—anuncia el Eclesiastés,—vamos todos corriendo“...

Desde afuera, sólo una luz veíase brillar, cual

de timonel que velara por la nave dormida. Y la apariencia no resultaba mentira completa; la luz era la del cuarto de Ripoll que velaba, no por la nave "Guipuzcoana", sino por la suya propia, por el submarino que había inventado y venido á proponer en venta al gobierno de México. Rodeado de planos y compases, frente por frente de un diminuto y perfecto modelo de su descubrimiento: una preciosidad de aluminio con barandales, torres, tubos lanza-torpedos, escalas, tragaluces y su par de mástiles para cuando navegase al descubierto, quitables para cuando se sumergiese en las profundidades oceánicas, el ingeniero catalán pasábase las horas con papeles y números, calculando resistencias, velocidades, ventajas y defectos; armado de pinzas y herramientas varias; quitando una planchita aquí, reforzando un tornillo allá, cambiando la posición de la chimenea, mudando la escala de babor á estribor y de estribor á babor; con alma y corazón esperanzado en su invento, cuyas calderas no lo satisfacían, cuya hélice en revoluciones torpes lo atormentaba.

Los inquilinos de "La Guipuzcoana", doña Nicasia á la cabeza, respetaban supersticiosamente al ingeniero inventor, y á fuer de analfabetas para quienes guarismos, libros y palabras de alguna alteza, adquieren alarmantes proporciones de maravilla, cobraronle miedo ¡qué concho! Ripoll había leído mucho, soltábales vocablos en idiomas que ellos desconocían, abría libros de á folio con mayor aplomo que el cura carlista su misal ó su breviario, como un hechizado ejecutaba operaciones de aritmética, si, á la memoria

evacuaba las consultas de doña Nicasia á propósito de su gasto en el mercado ó las de intereses y refrendos que Izquierdo, el empeñero, proponía. Gradualmente, convirtiéndose fué Ripoll en el orgullo de la casa y destronando, en materias laicas, la autoridad adquirida por don Práxedes Luro con la simple exhibición de su sotana. Ripoll era el sabio y era español ¡por supuesto que era español! y eso necesitaban, eso, "gachupines" así, que con sus saberes vinieran á civilizar á estos americanos y á proclamar la supremacía universal y absoluta de la península. Como por lo pronto el hombre anduviere escaso de fondos, doña Nicasia se le adelantó, después de una junta total de pupilos y del "visto bueno" de Sordo:

—Don Juan, lo que es por mí no se apure Ud. ni vaya á abandonar eso del *sumarino*... Cuando en estos reinos se lo compren y se lo paguen, sobre todo, Ud. me paga á mí y en paz... pero mientras, nada, que Ud. pide por esa boca y yo lo atiendo y sirvo con la mejor voluntad ¿estamos?...

Ya lo creo que estaba y que estaría hasta no realizar la transacción profetizada; sobre que el problema de su substento corría parejas, por lo insoluble, con el de la venta codiciada. Se acostumbró á vivir al crédito, lo mismo que iba acostumbrándose á que en el ministerio de guerra y marina nunca lo recibieran. El triunfo consistía en tener paciencia, mucha paciencia, como doña Nicasia, que jamás le recordaba el incesante crecer del adeudo. Todos en "La Guipuzcoana" terminaron por interesarse en el invento cuyo me-